



“NUNCA *pequé* CONTRA LA LUZ”

Juan Enrique Newman: 21 de Febrero de 1801, 11 de Agosto de 1890 y en medio de las dos fechas, alfa y omega de su vida, «no he pecado contra la luz». A los 32 años pronunció estas palabras en Leonforte (Sicilia) en medio de una fiebre que llevó a su camarero a pedirle las últimas voluntades. Y no pecó contra la luz. Seis años después, estudiando la herejía monofisita (siglo V, niega la duplicidad de naturalezas en Cristo: divina y humana) saltó la primera inquietud. «Por primera vez —son sus palabras— se alzaba ante él un espectro, la sombra de Roma obscureciendo sus creencias anglicanas». Había llegado a la cumbre: profesor en Oxford y pastor de Santa Maria, la Iglesia de la Universidad, al frente de un movimiento de renovación espiritual, escuchado con admiración y leído con avidez por toda Inglaterra. Le hacía falta reiterar la súplica de su poesía: «Lead kindly light» que hiciera a su regreso a Inglaterra.

El trozo que presentamos muestra al hombre que por la verdad «vendió todo lo que tenía».

Después vendrían la ordenación sacerdotal en Roma, el cardenato, concedido por León XIII, el nombramiento de socio honorario por el «Trinity College» y de nuevo el entusiasmo y el furor por sus escritos en Inglaterra.

Para demostrar el valor de su persona, ahí están los 40 volúmenes de sus obras.

No podía continuar en este estado, ni a la luz del deber ni a la luz de la razón. Mi dificultad era ésta: Yo he estado enormemente equivocado una vez. ¿Cómo puedo estar seguro de que no lo estoy de nuevo? Y entonces yo creía obrar bien. ¿Cómo sabré ahora que no estoy equivocado? ¿Cuántos años no he estado seguro de lo que ahora rechazo? Como en 1840 di oídos por primera vez a la duda en favor de Roma, así ahora veo la duda que se disipa en favor de la Iglesia de Inglaterra.

Estar cierto es conocer lo que uno conoce. ¿Qué prueba interior tengo yo de que no he de cambiar otra vez después de que me haga católico? Tengo todavía cierta aprensión de esto, aunque me parece que con el tiempo me dejará. Sin embargo, hay que poner un

N U E V O Y V I E J O

límite a estas vagas indecisiones; debo obrar lo mejor que pueda y dejar lo demás al poder de arriba para seguir adelante (...)

Estoy decidido a llegar al fin (...) mi gran dificultad es la inquietud, la desazón, la alarma, el escepticismo que estoy produciendo en los demás; la pérdida de la amable amistad y buena opinión de parte de muchos conocidos y desconocidos que me aprecian. De estas dos fuentes de pesar, la primera es la más constante, urgente e indestructible. (...)

Por lo que conozco de mí mismo, la principal razón para prever un cambio, es mi profunda e invariable convicción de que mi Iglesia es cismática y que mi salvación depende de mi unión con la Iglesia de Roma. Yo puedo usar argumentos *ad hominem* con esta persona o con la otra; pero sin reparar en el resentimiento o disgusto que pueda tener con ellas. No tengo ni esperanzas ni planes de acción, ni otras cosas que me convengan más. Tampoco tengo simpatía con los católicos romanos. Apenas he visto, cuando estuve en el extranjero, una de sus ceremonias; no conozco ninguno de ellos y no me gusta lo que de ellos oigo decir. Y además, ¡cuántas cosas estoy perdiendo!, ¡cuántos sacrificios irreparables! No solamente por mi edad, cuando repugnan ya los cambios, sino por el amor especial de recuerdos y relaciones. Además, no encuentro ningún entusiasmo ni heroísmo alguna en el sacrificio: nada me anima. Lo que me mantiene así, es lo que me ha mantenido durante todo este tiempo: el temor de que soy víctima de una ilusión. Empero la convicción permanece firme en todas las circunstancias, en todas estas variaciones de mi espíritu, y un más serio sentimiento va creciendo en mí a saber: que las razones por las cuales yo creo, tal como las enseña nuestro sistema, deben llevarme a creer más; porque no creer más, es creer en el escepticismo...

El estado de los católicos romanos es al presente poco satisfactorio. De esto estoy seguro; pero nada, sino la simple y directa voz del deber es garantía para el que deja nuestra Iglesia; no la preferencia de otra Iglesia, no el gusto de otras ceremonias, no la esperanza de mayor aprovechamiento religioso en ella, ninguna indignación o disgusto de las personas y de las cosas entre las cuales nos podemos encontrar en la Iglesia de Inglaterra. La cuestión es sencillamente ésta: ¿Puedo yo (es cosa puramente personal, no otro sino yo) salvarme en la Iglesia de Inglaterra? ¿Estoy tranquilo, si hubiera de morirme esta noche? ¿Es pecado mortal en mí, el no unirme a otra comunión? (...)

Si pudiera, esperarí hasta el verano de 1846, pues pasarían así siete años cumplidos desde que mis convicciones comenzaron a debilitarse. A pesar de todo, entiendo que no debo tardar tanto...

Por esta época encontraba dificultades mi ENSAYO acerca del desarrollo doctrinal, y yo las encontraba también en los primeros meses de 1845 hasta octubre de este mismo año. Según adelantaba, mis ideas se aclaraban de tal modo, que, en lugar de decir «católicos romanos», decía sencillamente «católicos». Antes de llegar al fin, resolví entrar en la Iglesia católica, y el libro permanece en el estado en que estaba entonces, es decir, sin terminar...

* * *

Desde que me hice católico, ya no tengo, naturalmente, más historia que contar de mis opiniones religiosas. Al decir esto, no quiero dar a entender que mi inteligencia ha estado ociosa, o que he dejado de pensar en asuntos teológicos, sino que no tengo cambios que anotar ni inquietudes ni perplejidades de ningún género. He vivido en paz y tranquilo; no he tenido ninguna duda. Tampoco me he dado cuenta, después de mi conversión, de ninguna diferencia de pensamiento o de carácter distinta de lo que era antes. No he tenido más firme ni más consciente de las verdades fundamentales de la revelación, ni más dominio de mí mismo; no he tenido más fervor; ha sido como la llegada al puerto después de un temporal en alta mar. Mi felicidad ha permanecido, en este tiempo, sin interrupción.

Tampoco he experimentado la menor turbación al recibir los Artículos adicionales que no se encuentran en el credo anglicano. Algunos ya los creía antes; ninguno de ellos ha constituido para mí graves dificultades. Hice profesión de cada uno de ellos al ser recibido en la Iglesia católica con la mayor facilidad, y con esa misma facilidad creo ahora en ellos. Estoy muy lejos de negar, naturalmente, que cada uno de los Artículos del Credo Cristiano, ya recibido por los católicos, ya por los protestantes, estén envueltos en dificultades intelectuales. Esto es un hecho; y por lo que a mí respecta, yo no puedo responder a estas dificultades.

Muchas personas son muy sensibles a las dificultades de la religión, y yo como cualquiera de ellas; pero nunca he podido ver la conexión entre percibir esas dificultades, por profundamente que sea, y multiplicarlas hasta el punto de dudar de las doctrinas a las cuales son inherentes. En este campo, a mi juicio, diez mil dificultades no pueden engendrar una duda; la dificultad y la duda son cantidades inconmensurables. Puede haber dificultades en la demostración, pero yo hablo de dificultades intrínsecas a las mismas doctrinas o a su incompatibilidad de una con otra. Puede estar uno muy fastidiado porque no puede resolver un problema matemático del cual se le da o no se le da la solución, sin dudar de que admite una solución y que una solución determinada es la verdadera. De todos los puntos de la fe, el ser de Dios, según mi parecer, es el que está envuelto en más dificultades; y sin embargo, es el que se impone con más fuerza a nuestras inteligencias.

Se dice que la doctrina de la Transustanciación es difícil de creer; yo no la creí hasta que fui católico. No tuve dificultad alguna en creerla, en cuanto me persuadí de que la Iglesia católica romana es el oráculo de Dios, y de que ella ha declarado que esta doctrina forma parte de la Revelación original. Que es imposible imaginar, lo concedo; pero ¿dónde está la dificultad de creerla?

Sin embargo, Macaulay lo tenía por tan difícil, que necesitaba ver creyentes en ella de los talentos eminentes de sir Tomás More, antes de resolverse a creer que los católicos ilustrados y mayores pudieran resistir a la abrumadora fuerza de los argumentos en contra. «Sir Tomás More — dice — es uno de los ejemplares escogidos de sabiduría y virtud; la doctrina de la Transustanciación es una especie de cargo contra él. Una fe que resiste esta prueba, resiste a cualquiera»...

Pero yo he tomado sobre mí mismo la responsabilidad de más cosas que el simple Credo de la Iglesia; me acusan de mucho más. Dicen que ahora, porque soy católico, aunque no pueda tener agravios personales contra la honestidad para responder de ellos, sin embargo soy responsable de las ofensas de otros: de mis correligionarios, de mis hermanos los sacerdotes, de la Iglesia misma.

Acepto gustoso esta responsabilidad, y en cuanto me sea posible, confío poder disipar con pocas palabras, en el espíritu de aquellos que no comiencen por desconfiar de mí, la sospecha con la cual comienzan muchos protestantes al formar con juicio acerca de los católicos; esto es, que nuestro Credo está constituido actualmente sobre una superstición e hipocresía que son inevitables como pecado original del catolicismo. Así pues, tengo que ir adelante como antes, indentificándome con la Iglesia y vindicándola.

Cardenal Newman

(Historia de mis ideas religiosas. De los capítulos IV y V.)